

Europa central y la Unión Europea

Krzysztof Skubiszewski

Al pensar en la unidad, la seguridad y la prosperidad económica de Europa debemos basarnos en los cambios que se han producido desde 1989. Necesitamos una visión que no choque con la realidad de la nueva situación en Europa. ¿Cuál es esa realidad?

En primer lugar, está el final de la bipolaridad. Deberíamos luchar en todo momento por evitar su retorno bajo una u otra forma. El rechazo de la bipolaridad no significa que, como consecuencia, la única respuesta sea una dominación benévola (o liderazgo, como prefieren llamarlo algunos) por parte de una única potencia. Ni mucho menos. Creo que ante estas circunstancias deberíamos plantearnos un debate más sistemático sobre el liderazgo en el mundo y, especialmente, sobre la crisis de liderazgo en Europa.

En segundo lugar, se derivan diversas consecuencias del hecho de que algunos Estados europeos han recuperado su independencia a la vez que otros se han convertido en Estados independientes sin que nunca antes, al menos en la época contemporánea, lo hubieran sido. En particular, el surgimiento de nuevos Estados en el territorio de la antigua Unión Soviética ha modificado de forma fundamental la situación geopolítica y geoestratégica de Europa. La política europea debe basarse en el apoyo a la independencia de todos esos Estados y a su transformación democrática, y debería haber una firme oposición a cualquier manifestación de hegemonía.

En tercer lugar, como consecuencia del fin de la guerra fría y el conflicto Este-Oeste, las relaciones de seguridad en la zona euroatlántica han perdido su sencillez. Ahora se las podría describir como círculos concéntricos que van desde el núcleo estable de los países de la Unión Europea, la Unión Europea Occidental y la Alianza Atlántica hasta las periferias inestables. Aunque la situación cambia continuamente, y son previsibles nuevos compromisos de seguridad, incluida la defensa, seguiremos estando ante alguna variante de este gráfico concéntrico en el año 2000 y después de esa fecha.

Krzysztof Skubiszewski ha sido ministro de Asuntos Exteriores de Polonia. Este artículo corresponde a la conferencia pronunciada en la Fundación Marcelino Botín de Santander el 22 de marzo de 1994. © Krzysztof Skubiszewski, 1994.

Finalmente, aunque el poder militar sigue siendo un factor esencial, la seguridad se construye cada vez más a través de la cooperación y la apertura, y no a través de la dominación o la disuasión. Un factor en esta evolución es la eliminación de la enemistad entre las naciones europeas; los ejemplos más sobresalientes que implican a adversarios tradicionales son Francia y Alemania, Alemania y Polonia, Polonia y Rusia. Al mismo tiempo, debemos tener en cuenta la explosión de odio en los Balcanes y el aumento general del nacionalismo y sus facetas negativas. En la Conferencia sobre Seguridad y Cooperación en Europa (CSCE), nos encontramos ahora en la fase de seguridad cooperativa, reuniendo sus diferentes elementos; esto debería desembocar en una mayor interdependencia, lo que prepararía la siguiente fase, que consistirá en la seguridad colectiva.

De hecho, el número de amenazas que podrían resolverse eficazmente mediante el uso de la fuerza militar disminuirá en vez de aumentar. Por ejemplo, normalmente no se puede resolver la proliferación nuclear recurriendo a la fuerza, aunque no pueden excluirse casos extraordinarios siempre que se respete el Derecho internacional. En cualquier caso, la cooperación ganará importancia como medio para eliminar amenazas a la seguridad.

Conviene recordar la premisa de la que tenemos que partir al emprender la tarea de modelar las relaciones internacionales para poder enfrentarnos a los desafíos y sentar las bases para la unidad europea en el cambio de siglo. Se trata del sistema de valores que compartimos: democracia, derechos humanos, gobierno constitucional y Estado de Derecho, economía de mercado y garantías de seguridad social.

Algunas de las amenazas a las que nos enfrentamos

Al considerar los cambios que han tenido lugar en Europa, habría que tener en cuenta las amenazas que forman parte del panorama político del continente.

Los principales peligros para el nuevo sistema político europeo tienen su origen en algunos de los procesos de cambio, en concreto aquellos que en el actual período de transición han dado origen a un orden con diferentes niveles de estabilidad.

Hasta hace poco, el concepto tradicional de amenazas para la seguridad estaba dominado por su componente militar; en la actualidad, abarca ingredientes de naturaleza económica, social y ecológica. Esto aumenta la dificultad para coordinar la política de seguridad de los Estados individuales y lograr una unidad internacional de las líneas políticas fundamentales, aun cuando a largo plazo reconozcamos nuestros intereses comunes. El fin de la guerra fría ha modificado el papel del factor militar, pero éste sigue existiendo.

¿Cuáles son las principales amenazas para el nuevo orden político en Europa?

No puede excluirse el resurgimiento de la tendencia a ralentizar los procesos de construcción de naciones y de democracias, especialmente en las zonas periféricas de Europa. Me refiero al peligro de que se recurra a las técnicas tradicionales de superioridad militar y dominación política; algunas presiones de este tipo ya están presentes. Esto implica que habría que aplicar una política y unos mecanismos adecuados para proyectar estabilidad. Nos enfrentamos a varios problemas relacionados entre sí: los intentos de restablecer esferas de influencia; el papel y el lugar de Rusia en Europa como gran potencia; su actitud en relación con la unidad europea y la participación de sus vecinos en las instituciones europeas y euroatlánticas; la respuesta de Occidente, que hasta ahora no ha sido del todo adecuada porque tiende a evitar estas cuestiones en vez de enfrentarse a ellas.

Hay que prestar atención también a las estructuras inestables de poder y a las crisis económicas que resultan de la transformación de los sistemas políticos en los nuevos Estados democráticos. En algunos de ellos, la legitimidad del poder político es incompleta y precaria, lo que podría llevar a la alienación de las élites y a la crisis del propio proceso de transición y transformación. Por lo que se refiere a la mayoría de las ex repúblicas soviéticas, sólo podemos hablar, como mucho, de un comienzo del proceso democrático.

Nos enfrentamos asimismo al peligro del nacionalismo en Europa, no sólo en su parte central y oriental, sino también en la occidental. Existe un resurgir de conflictos étnicos cargados de fuertes sentimientos de enemistad. Esto exige que se den pasos con el fin de reforzar la aplicación de los criterios europeos para la protección de los derechos de las minorías, y que se tomen medidas que puedan resolver o prevenir los conflictos o tensiones. El Alto Comisario para las Minorías de la CSCE debería recibir el máximo apoyo en su tarea. Los conflictos regionales nos afectan, de forma directa o indirecta, a todos. El conflicto yugoslavo ha demostrado que la debilidad política de los Doce es su incapacidad para actuar eficazmente en una crisis externa, fuera de la esfera de la Unión pero que afecta a su situación actual y futura.

Por último, está la evolución en el Este y sus incertidumbres. Por un lado, existe el problema del camino que tome la política exterior rusa. Por otro, habría que recordar que la Comunidad de Estados Independientes (CEI) no consiguió garantizar una desaparición ordenada de la Unión Soviética como estructura hegemónica. Esto es en parte consecuencia de su diseño inicial, organizado a la vez como instrumento para dismantelar pacíficamente la URSS y como vehículo para reconstruir el imperio sobre una base diferente, descentralizada, liberal y democrática. La combinación de estos dos objetivos la convirtió en blanco de críticas, tanto por parte de los grupos nacionalistas-comunistas como de las naciones no rusas que aspiraban a la independencia total. Por tanto, la misión de la CEI estará siempre sometida a la controversia entre Rusia, que mantiene abierta la opción de la reintegración, y al menos algunas repúblicas post-soviéticas, que están empeñadas en evitar esos vínculos. Aunque el factor económico juega en favor de una cierta unidad, hay diversos niveles de reticencia respecto a la

participación en la CEI. El objetivo de reconstruir el núcleo ruso del imperio soviético es y seguirá siendo objeto de críticas, porque existen diversos grados de desilusión y oposición ante la postura de Moscú. Cualquier evaluación realista de la situación actual en la Federación Rusa debe tener en cuenta la posibilidad del estallido de conflictos nacionales unidos a luchas políticas, que pueden llevar a una escalada militar. Esta es una de las razones por la que resulta tan vital la cuestión de la no-proliferación.

Además de Yugoslavia y la zona transcaucásica, tenemos así otras zonas de peligro donde son posibles los conflictos militares. Estos conflictos pueden tener su origen en la lucha por la influencia política en toda la zona, en exigencias territoriales, en controversias debidas a cuestiones de nacionalidades, o en una combinación de esos factores. La CEI no dispone de un mecanismo para resolver disputas. Las escaramuzas militares en Moldavia o en la región del Transdniéster fueron un peligroso interludio, que podría haber ido seguido por la implicación de otros actores más poderosos. De momento, aún puede mantenerse la opinión de que no hay una analogía con la lucha entre los armenios y los azeríes en Nagorni Karabaj.

La necesidad de una estrategia general

Ante este trasfondo de realidades, objetivos y amenazas trataremos la cuestión central, que es la ampliación de la Unión Europea más allá del núcleo occidental tradicional.

Si Occidente no se muestra abierto, tendrá pronto ante su puerta unos países inestables. Una Europa así no sería segura. Espero que, a pesar del fracaso yugoslavo y de la falta de dinamismo en su política oriental, la Unión Europea no se esté cerrando sobre sí misma.

Una Unión ampliada es la respuesta a la autodestrucción de Europa que marcó la primera mitad de nuestro siglo. Ese fantasma ha vuelto con la crisis yugoslava.

Los acuerdos de 1991 que establecían la asociación entre la Comunidad Europea y Checoslovaquia, Hungría y Polonia, han supuesto un enorme apoyo externo para la independencia de esos países, que ha afectado a su transformación política y económica. Después llegaron los acuerdos con Rumania y Bulgaria. La aplicación de los acuerdos trabaja en favor de la consolidación de las instituciones y mecanismos democráticos de esos países y del crecimiento de su economía de mercado. Al admitir a esos Estados, la Unión Europea les ayudará a llegar a un tipo de Estado y de sistema de gobierno como el que existe en sus países miembros. Esto va en interés del mundo y de Europa.

La adaptación económica y legal a las exigencias del futuro ingreso es una de las tareas que Europa central debe realizar en los años venideros. Somos plenamente conscientes de que debemos cargar con la parte más dura del ajuste. Sin embargo, para garantizar que la transformación y la estabilidad tengan éxito, no puede dejarse sola a Europa central y del Este, y nuestros problemas no deben ser trasladados a un segundo plano a causa de

los problemas temporales que soportan nuestros socios occidentales. Debería aplicarse el principio de solidaridad internacional, pero también la regla del egoísmo ilustrado, a la vista de la complicada interdependencia de Europa.

Expresamos nuestro agradecimiento a la Comunidad (ahora, la Unión) por la ayuda que hemos recibido de ella. Fue de un enorme valor, tanto al comienzo como posteriormente. Por eso nos resulta preocupante ver que los Doce cierran sus mercados para evitar la entrada de nuestros productos. Entendemos que nuestros socios occidentales están pasando por una época de dificultad económica, con recesión y crecimiento del paro. Sin embargo, no debemos olvidar nunca que esas dificultades son mucho menores que aquellas a las que se enfrentan los Estados que decidieron rechazar el totalitarismo y sustituirlo por la democracia. Recordemos que se trata de un riesgo compartido. Si Occidente no acepta hoy ciertas soluciones razonables, especialmente respecto a la apertura de sus mercados, soluciones que tendrán efectos positivos en el futuro, se enfrentará mañana a problemas mucho mayores. Personalmente, no creo que las zonas de disturbios y conflictos puedan mantenerse fuera mediante una nueva frontera impenetrable.

Damos la bienvenida a todas las acciones que los países miembros de la Unión lleven a cabo para reforzar el proceso de transformación en Europa central y del Este. Pero, aunque apreciamos la ayuda, creo que Occidente sigue careciendo de visión sobre qué acciones responden al reto de este período histórico.

Existe el peligro de que la próxima generación de políticos occidentales pueda sentirse inclinada a dejar las cosas como están a cambio de un mínimo de estabilidad según las líneas actuales, aunque objetivamente Occidente dispone de métodos para llevar a cabo una política más activa, que también va en interés propio. No se trata de una acción filantrópica.

Creo que los Estados de Europa central y del Este, cuyas aspiraciones al ingreso son reconocidas por la Unión Europea, necesitan un plan para su integración, elaborado de forma clara. Este debería desarrollarse en distintas fases y orientarse hacia la inclusión gradual de los Estados en cuestión en los mecanismos de la Unión, tanto políticos como económicos. Una visión claramente delimitada contribuiría a la adaptación mutua y haría que nuestras relaciones fueran más predecibles y estables.

Los problemas a los que se enfrentan las nuevas democracias en relación con la reorientación de la economía hacia el libre mercado no se limitan a las cuestiones monetarias, las restricciones fiscales o la gestión del déficit presupuestario. Los países de la zona carecen sobre todo de experiencia y de sistemas institucionales adecuados, y también de capital. Las prioridades son el acceso a los mercados, los conocimientos (incluidas las transferencias de tecnología), las instituciones, el capital y la ayuda. Occidente no ha adoptado un planteamiento coherente para la transición de la zona, mientras que los países de Europa central no han conseguido transformar su experiencia en una política aceptada internacionalmente. Hasta ahora, Occidente y las nuevas democracias no han elaborado una “estrategia general para apoyar la transformación democrática”. Aunque

los cambios empezaron en Polonia, ya en 1989, y otros países siguieron sus pasos, continuamos necesitando esa estrategia, incluso en mayor medida, tras la caída de la Unión Soviética. Seguimos teniendo el problema de necesitar un fuerte apoyo político y económico para las transformaciones a largo plazo.

La elaboración de una “estrategia general” debería partir de la premisa de que los problemas actuales son distintos, y más complejos, que aquellos a los que se enfrentaron los arquitectos del Plan Marshall, y de que la estrategia debería centrarse en un número limitado de problemas clave. Una parte esencial de un plan semejante sería un sistema eficaz de supervisión, que incluyera capacidad de aprendizaje para garantizar un flujo de información sobre los efectos de las políticas que se iniciaran. Esta estrategia serviría, también, como una especie de filtro que hiciera imposible (o al menos difícil) mezclar problemas de dimensión y significado diferentes. Pondré el ejemplo de las cuotas a la importación de ternera, planteadas para bloquear la firma del acuerdo sobre la asociación de Polonia con la Comunidad Europea. Afortunadamente se retiró aquel obstáculo, pero está volviendo a surgir ese tipo de planteamiento.

Pedir una “estrategia general” significa pedir que se calculen los costes y beneficios correspondientes en proporción al reto considerado, y no en proporción a la intensidad de las restricciones y barreras burocráticas a corto plazo. La falta de ese tipo de estrategia muestra que los objetivos e intereses de los países occidentales con respecto a Europa central y del Este no son ni claros ni específicos, y que su formulación y aplicación ocasional están determinadas por diferentes presiones más que por una estrategia orientada al futuro. Esta falta de coherencia y de visión hace crecer la confusión y aumenta la inestabilidad en los países de la zona.

El punto que debería ser subrayado es que la transición hacia la economía de mercado es un proceso político. En una situación en la que las instituciones democráticas son débiles y la administración es ineficiente, la principal amenaza para el orden social es la de la ingobernabilidad. Esta toma diferentes formas: se manifiesta en el aumento del índice de criminalidad; puede complicar las relaciones entre el hombre y la máquina, como podría ser la incapacidad de evitar grandes desastres en centrales nucleares; puede llevar a intentos de emigración masiva hacia Occidente; o puede aparecer en forma de desestabilización política a gran escala.

Un aumento de la ingobernabilidad de Europa central y del Este puede provocar una presión sobre la Unión Europea para que lleve a cabo programas de emergencia a gran escala. Teniendo en cuenta el delicado equilibrio de intereses en la Unión, esas presiones pueden tener un efecto destructivo sobre el proceso de integración europea, al desestabilizar las relaciones internacionales. Por eso, la política de elaborar un apoyo eficaz y a largo plazo al crecimiento económico e institucional de las nuevas democracias parece mucho menos costosa que los intentos descoordinados, y a veces desesperados, de restringir las consecuencias negativas de la transición y la transformación.

La asociación de los países de Europa central con la Unión Europea y la perspectiva de ingresar en ella constituyen un apoyo de ese tipo, y podrían ser considerados como un elemento de la estrategia general a la que me he referido.

El objetivo de la seguridad: OTAN, UEO, CSCE

Aunque el ingreso en la Unión Europea de los países de Europa central implica problemas económicos y sociales, debe ser visto sobre todo como una cuestión política. La Comunidad siempre ha sido una iniciativa básicamente política, y la Unión sigue siéndolo. Lo importante para Europa central es que dentro de los límites de la Unión no puede haber un retorno al totalitarismo, y de hecho existe un apoyo constante a la democracia. Cualquier hegemonía es ajena a la Unión. Europa central está interesada en el desarrollo y la consolidación de la Unión. Especialmente para los polacos, el vincularnos a la Unión es una garantía de nuestra existencia política independiente, de un gobierno constitucional y de una democracia. Proporciona protección a nuestra existencia como nación y como Estado, ambas destruidas o expuestas a peligros mortales durante los últimos dos siglos y medio. Hablo de Polonia porque sus experiencias en la historia moderna y contemporánea han sido especialmente trágicas. El principal objetivo de mi país es tratar de conseguir el ingreso en la Unión, y de ahí que vaya en interés nuestro y de la Comunidad el que ese objetivo se lleve a cabo.

En esta coyuntura, conviene plantear la cuestión de la seguridad en su acepción más amplia. El desafío fundamental al que se enfrenta Europa es cómo crear un sistema de relaciones y acuerdos que proyecte una seguridad igual hacia todos los países europeos. ¿Cómo, a la vista de los diferentes niveles de seguridad en el continente europeo, vamos a llevar a la práctica el principio de la indivisibilidad de la seguridad europea?

El objetivo fundamental de la diplomacia euroatlántica debería ser garantizar esa indivisibilidad; y debe establecerse la vinculación entre la seguridad de cada Estado con la seguridad de todos los demás Estados. Evidentemente, actuamos en unas circunstancias en las que la naturaleza de las relaciones de seguridad es esencialmente heterogénea. Por un lado, en Europa occidental consisten en la integración. Por otro, existen fuertes tendencias centrífugas en gran parte del este y el sureste del continente: la guerra de los Balcanes, la división de Checoslovaquia, la destrucción de vínculos económicos entre las partes, ahora independientes, que componían la ex Unión Soviética, las aspiraciones a un cierto grado de autonomía por parte de ciertas regiones dentro de algunas de las repúblicas post-soviéticas.

En cualquier caso, Occidente no debería considerar Europa central, incluida Polonia, con esquemas basados en la idea de algún tipo de zonas “grises”, “amortiguadoras” o neutrales. Esas zonas suelen estar expuestas a la rivalidad o la influencia de países poderosos o grandes potencias. La parte de Europa que separa a Alemania de Rusia no debe ser reducida a un primer plano o promontorio estratégico.

El concepto polaco de seguridad, que creo que comparten nuestros socios del grupo de Visegrado, puede describirse como una estructura de múltiples capas de soluciones institucionales que se complementan entre sí. Las instituciones a las que me refiero son la Alianza Atlántica, la Unión Europea Occidental (UEO), la Conferencia de Seguridad y Cooperación en Europa (CSCE) —incluido el Foro de Seguridad de Viena— y las Naciones Unidas.

A veces se dice que, teniendo en cuenta la transición realizada, deberíamos estar avanzando hacia un sistema de seguridad colectiva. Pero incluso los que defienden esa postura reconocen que este sistema no puede establecerse de un plumazo; será más bien la consecuencia de un proceso evolutivo y de la cooperación cada vez mayor entre diversas instituciones relacionadas con la seguridad. La OTAN ocupa un lugar especial entre esas instituciones.

La pregunta que seguimos planteando a la Alianza Atlántica no pretende cuestionar la continuación de su existencia: la damos por supuesta, incluida la presencia de tropas estadounidenses en Europa. Nos preguntamos si esta organización está preparada, y hasta qué punto, para enfrentarse a nuevos retos, desempeñar nuevas funciones y proyectar su influencia más allá del área que actualmente cubre el tratado.

En lo que se refiere a sus funciones, creo que tenemos que hablar de dos cuestiones fundamentales.

La primera es su papel activo en las diversas operaciones de paz. En este campo deberíamos ir más allá de las consideraciones teóricas y avanzar hacia el trabajo práctico. En mi opinión, es necesario sentar unas bases formales de cooperación entre Naciones Unidas y la Alianza Atlántica. Esto reforzaría con toda seguridad a la ONU, contribuiría a acabar con los puntos débiles en las actuales operaciones de paz y aportaría igualmente una prueba convincente del nuevo carácter y la nueva imagen de la OTAN.

La segunda cuestión es la de la implicación positiva de la OTAN en lo que yo describiría como el establecimiento de un nuevo orden militar europeo, algo que en mi opinión se subestima con frecuencia. Ese orden está siendo construido sobre la base de los acuerdos sobre fuerzas convencionales en Europa como el CFE (Tratado de limitación de fuerzas convencionales en Europa) y el CFE 1A (Reducción de fuerzas convencionales en Europa), el acuerdo de "Cielos Abiertos" y las medidas para aumentar la confianza y la seguridad. La suma de los compromisos adquiridos según esos acuerdos crea una nueva situación en Europa, y se está traduciendo en nuevas formas de pensar y en nuevas costumbres. La amplia adopción, y el cumplimiento estricto, de los principios de la limitación de armas, de tropas y de actividades militares, así como de transparencia de los gastos militares, pueden evitar muchas situaciones peligrosas, nuevas rivalidades y nuevas aspiraciones a la hegemonía, así como una caída de la confianza. La OTAN debería ser ampliada para cubrir nuevas áreas. Si no lo es, si los Estados que aspiran a ingresar en su seno y cumplen los requisitos no son admitidos, la adaptación de la organización será incompleta. En la época de la confrontación Este-Oeste, los problemas fundamentales de seguri-

dad se concentraban en el corazón de Europa. Ahora han alcanzado las zonas periféricas. La anterior división ideológica y militar de Europa ha desaparecido. ¿Cómo debería responder la Alianza a esta situación?

Reconocemos la importancia del Consejo de Cooperación del Atlántico Norte (CCAN), establecido a finales de 1991. Fue una buena fórmula, que englobaba a los principales miembros de la zona de seguridad que va desde Vancouver hasta Vladivostok. Sin embargo, la fórmula del CCAN no tiene en cuenta la diversidad real que existe en esa zona en cuanto a estabilidad, problemas y preocupaciones. A la vez que mantenemos el CCAN, deberíamos buscar otras soluciones. Esas soluciones deberán abandonar los tópicos y las divisiones de la guerra fría. Es obvio que esos tópicos y divisiones siguen existiendo en la mente de muchos políticos y están desvinculados de la realidad.

Hoy, el problema de seguridad no puede ser considerado en términos de la preocupación por mantener el equilibrio que existía en el pasado. La pregunta, que a veces plantea Moscú, de contra quién se dirige la Alianza indica una mentalidad de guerra fría; es equivocada y puede tener implicaciones peligrosas. Deberíamos buscar posibles formas eficaces de cooperación adecuadas al carácter y las aspiraciones de los Estados individuales. Tenemos que pensar en términos de “un nuevo contrato estratégico” o “un nuevo orden estratégico” no sólo entre Europa occidental y EE UU en el marco de la OTAN, sino igualmente entre la OTAN y otros socios, especialmente los de Europa central.

Un elemento del “contrato” debería ser la ampliación y refuerzo graduales de la zona de estabilidad cubierta por la OTAN. Esta zona debería incluir los Estados que, por motivos que escapaban a su control, no pudieron establecer relaciones con la Alianza en el pasado y ahora comparten los valores que representa la organización, son un factor de estabilidad y desean contribuir de forma eficaz al logro de los objetivos de la misma. Pienso en Estados como Polonia y los otros países del grupo de Visegrado. El programa de Asociación para la Paz debería preparar nuestro ingreso en la OTAN.

Según este orden, la Alianza Atlántica debería contemplar a Rusia como “socio estratégico”. Esto implica que la capacidad de esa potencia debería ser tomada en consideración, y al mismo tiempo debería reconocerse la necesidad de cooperación entre los miembros de la OTAN y Rusia en las cuestiones de paz y seguridad. La ampliación de la zona de la organización a través de la inclusión de los países de Europa central supondría extender la zona de estabilidad más hacia el Este, hacia las fronteras rusas. Esta política, a largo plazo iría en interés de Rusia. Occidente es exageradamente cauteloso, piensa muy a corto plazo y duda demasiado a la hora de dejar claro este punto a Rusia.

Los países de Europa central contemplan su relación con la Unión Europea Occidental en el contexto de su participación en la integración occidental. Tras abordar el establecimiento de sus vínculos formales de asociación con la Unión Europea, están dispuestos a participar en las estructuras de seguridad y defensa correspondientes. La Unión Europea Occidental es percibida como un elemento importante de la política exte-

rior y de seguridad común de las partes contratantes. La UEO se está convirtiendo en el componente militar del actual proceso para lograr la unidad de Europa. Europa central se ha unido a ese proceso. Nuestro futuro ingreso en la Unión significará entrar en una Europa más integrada, política y militarmente que ahora. Por ello, nuestra estrecha cooperación con la Unión Europea Occidental no sólo será útil, sino también necesaria para lograr los objetivos de nuestra política. Debemos comenzar lo más pronto posible; el proceso es complejo desde cualquier punto de vista y presenta una serie de problemas para todas las partes implicadas.

Un posible paso consistiría en otorgar a los países asociados con la Comunidad Europea la condición de asociado o de observador en la Unión Europea Occidental, siguiendo (y ampliando geográficamente) el esquema adoptado por las partes del Tratado de Bruselas en su declaración de Maastricht. La UEO adquiriría, así, una cierta dimensión oriental. Creemos que se convertiría en uno de los componentes de la fase actual de la seguridad paneuropea, es decir, la seguridad cooperativa. Como la fase siguiente es la seguridad colectiva, que implica una defensa colectiva o común, la UEO no puede estar ausente de ese proceso.

Habría que considerar el sistema de seguridad paneuropeo como la garantía última de la seguridad exterior de Europa central y del Este. El objetivo fundamental de Europa central es garantizar la integración de ese sistema y las principales instituciones de Europa occidental y del Atlántico Norte. Estamos empeñados en aumentar la importancia del papel de la CSCE.

Me referiré a cuatro principios que son relevantes dentro del paquete de seguridad de la CSCE: apertura y transparencia de los gastos militares; restricción de actividades amenazadoras; limitación de fuerzas armadas; y diálogo permanente de seguridad, incluida la diplomacia preventiva. Se han convertido en la base del nuevo orden político y militar. Esto es algo único en la historia de Europa y del mundo; refleja una nueva filosofía de la defensa nacional, ya que va más allá del concepto tradicional de desarme. Se opone a una excesiva nacionalización de la defensa e implica una auténtica internacionalización de la misma.

Europa central acogió con satisfacción la declaración realizada en 1993 en la cumbre de Copenhague del Consejo de Europa, que reconocía que el ingreso en la Unión Europea de Polonia y los demás Estados asociados era también el objetivo de la Comunidad. Esperamos que los líderes de la OTAN tomen una decisión similar. No consideramos nuestro futuro ingreso en la Unión y en la OTAN como alternativas. Son los dos elementos fundamentales de nuestra política europea, y se complementan mutuamente.

También puede decirse, como conclusión, que hay que examinar y revisar la cuestión de cómo coordinar mejor las diferentes estructuras europeas y euroatlánticas. Debemos resolver los problemas de asignar funciones, evitar el solapamiento y utilizar las instituciones adecuadas. De hecho, la cooperación entre las diferentes organizaciones se ha convertido en una de las cuestiones prioritarias en el actual debate.

El resultado de las discusiones sobre la unidad y el orden europeos dependerá en gran medida de la visión a largo plazo que deberíamos elaborar de forma conjunta. ¿Estaremos a la altura de la tarea? Puede que las recientes desilusiones y fracasos no sean un buen augurio, y me refiero en particular al conflicto yugoslavo, las disputas y tensiones en la antigua Unión Soviética, y también a algunos problemas debidos a la política de Rusia. Pero también cabe la esperanza. Transformar esa esperanza en realidad es el reto que deberían aceptar Europa y América del Norte.